

La poesía de los años setenta hasta la actualidad

Si en los años setenta los novísimos fue el calificativo con que fueron bautizados un puñado de poetas, a partir de su disgregación, con otras voces que se iniciaban, el calificativo de postnovísimos no será suficiente por la cantidad de tendencias que comienzan a surgir. Casi cada poeta quería un pedestal y las antologías se multiplicaron año tras año. En este período se agrupan los de generaciones anteriores (**posguerra**, **del lenguaje**, **o del 70**), los que despuntan en los años ochenta, la impronta de los noventa, y la actualidad. De esa primera generación prosiguen las voces poéticas de García Baena con su poesía esplendorosa y verdadera en *Los campos Elíseos* (1991) y José Hierro con su imponente libro *Cuaderno de Nueva York* (1998) y *Agenda* (1991); Gil de Biedma, *Poemas póstumos* (1968), *Las personas del verbo* contiene toda su obra. Ángel González, *Prosemas o menos* (1984); Fco. Brines con esa constante del amor y el paso del tiempo, *El otoño de las rosas* (1986), *La última costa* (1995); Claudio Rodríguez, *El vuelo de la celebración* (1976), *Casi una leyenda* (1991); José Ángel Valente, *Material memoria* (1979), *El fulgor* (1984), *Al dios del lugar* (1989); J. A. Goytisolo, *Palabras para Julia* (“Tu dignidad es la de todos”) 1979; *La noche le es propicia* (1992), *Como los trenes de la noche* (1994), *Cuadernos de El Escorial* (1995); Pere Gimferrer en el pedestal de la más alta poesía con *Amor en vilo* (2006), *Tornado* (2008).

Son varios críticos los que en sus *Antologías* han ido decantando la gran cantidad de tendencias que surgieron de los años a ochenta hasta hoy. Este abigarrado período es difícil esquematizarlo; pero, sin duda, una significativa fue la “**poesía de la experiencia**” en torno a la revista *Olvidos* de Granada y nombres como García Montero, Álvaro Salvador y Javier Egea. Tratan de relacionarse con la tradición poética anterior. La poética del grupo queda reflejada en el libro *Manifiesto albertista* (1982). *La otra sentimentalidad*, se denominará esta corriente poética. Se acogen a los postulados de Jaime Gil de Biedma y tratan de unir la estética de Antonio Machado y las posiciones de la generación del 50, sin olvidar el surrealismo ni las mejores imágenes de los poetas del barroco español o de Juan Ramón Jiménez. Es la estética-figurativa que niegan el canon novísimo. A este grupo se pueden sumar las voces de Carlos Marzal, *El último de la fiesta* (1987) y Benítez Reyes, *La mala compañía* (1989).

El que más ha sobresalido de esta tendencia ha sido García Montero. La característica primordial del poeta es el narrativismo histórico-biográfico de sus poemas que casi tienen una estructura teatral o novelística con un personaje o protagonista que cuenta o vive su historia, bien sea a través de la memoria, del recuerdo, del deseo, es decir, de la materia poética. Polémicas coyunturales aparte, el caso es que García Montero pasará a los anales poéticos como el que reverdeció lo que ya está acuñado como poesía de la experiencia aunque tenga un sustrato lopiano. Ha publicado, entre otros, *Y ahora ya eres dueño del puente de Brooklyn* (1980), *Tristia* (1982). *El jardín extranjero*, premio Adonais, 1982. *Mil novecientos diecisiete versos* (1987), *Diario cómplice* (1987), *Égloga de los dos rascacielos* (1989), *Las flores del frío* (1991), *Además* (1993), *Habitaciones separadas* (1994), *La puerta de la calle* (1997), *Completamente viernes*

(1998)-el más leído-, *La intimidad de la serpiente* (2003), *Vista cansada* (2008), *Un invierno propio* (2011).

La “**poesía elegíaca**” con la fugacidad de la belleza, la ilusión, en la que podrán estar Benítez Reyes, Sánchez Rosillo. “**La trascendente**”, en la que el símbolo cobra vigor, y la palabra es el sujeto con varias realidades; como ejemplos: Diego Doncel, Vicente Valero. La “**neopurista**”; el término fue acuñado por García Posada para englobar la poesía objetivista, conceptual; cita a Julia Castillo, Sánchez Robayna; y la poesía **del silencio**, que es la reducción del lenguaje a lo mínimo; aquí sobresale Amparo Amorós.

La “**neosurrealista**” con Blanca Andreu y su *De una niña de provincias que vino a vivir en Chagall* (1981); Amalia Iglesias con *Un lugar para el fuego* (1985), *La transparente* (2001). Ana Rosseti, con una poesía cargada de símbolos en los que la mujer cobra fuerza, y la musicalidad ronda los versos henchidos de intensas sensaciones, con *Devocionario, Indicios vehementes* (1985); Luisa Castro irrumpió como caballo desbocado en la poesía de los años ochenta con *Odisea definitiva. Libro póstumo*, 1984. Su expresividad, su conocimiento, su emotividad, llamaron la atención cuando aún no era mayor de edad (“**Pero te dejo ir, te marchas, y yo ya no recuerdo / si debo sufrir, si es mi hora, mi llanto, / mi Penélope, / mi asiento duro / de tejedora a la sombra de una espera incommovible;; / te dejo ir y la mañana / cae espesa y ruidosa, se postra en mis pasillos, / invade las cocinas y yo ya no te amo / porque no, no es del todo cierto un dolor tan constatable**”). Después vendrían la confirmación con *Los hábitos del artillero*, 1998; *Amor, mi señor*, 2005 (“**Pero yo / no acataré a mi señor, / que me oprime, / no acataré los designios de amor / que niega mi señor, / no acataré su desdén**”); *El frío de los puertos. Antología poética, 1984-2005* (2008). Amalia Iglesias, *Dados y dudas* (1996); Almudena Guzmán nos apabulló por su juventud con *Poemas de Lida Sal*, 1981 (“**Te veo y eres feliz, el brote doloroso que abre las ventanas / de un día feliz. (...). Ya ves, aquí me tienes, jugando con los grillos del alba**”); con hilos más realistas sorprendió *Usted* (1986)-historia de amor-, *Estoy ausente* (2004), *Zonas comunes* (2011)-emoción, ironía, cotidianidad con la crisis a cuestas; en el devenir doloroso también hay misterio. Y últimamente toda su poesía en *El jazmín y la noche. Poesía reunida, 1981-2011* (2012) como homenaje a toda una trayectoria poética (“una apuesta poética es convertirla en palabra cotidiana el misterio de los días y las noches”, ha escrito García Montero).

La conjunción “**épica-lírica**” con la intensidad como característica en temas como lo rural o la evicción de la historia (Julio Llamazares, *La lentitud de los bueyes*, 1979; Martínez Mensanza). La “**neoexpresionista**” con estampas poéticas, instantes sentimentales (Andrés Trapiello). “**La poesía de clasicismo formal**” con vuelta a la versificación (Antonio Carbajal). “**La culturalista**” o veneciana con Luis. A. de Villena en la que aborda el hedonismo, la juventud, los valores del paganismo latino y griego, con *El viaje a Bizancio, Huir del invierno*; A. Colinas, después se decantaría por un existencialismo desesperado en *Tiempo y abismo* (2002); Guillermo Carnero, evocador

de un tiempo escéptico en *Espejo de gran niebla* (2002); Martínez Sarrión con su escepticismo en *Ejercicio sobre Rilke* (1988); L. Alberto de Cuenca con *Por fuertes y fronteras* (1996). E incluso la “**vanguardista experimental**” con tonos visuales y surrealistas (Jorge Urrutia, Jenaro Talens, Félix Grande, J. Miguel Ullán). **La inclasificación** de Antonio Gamoneda, poeta que fue más leído desde la concesión del Premio Cervantes, y aun así, aunque tiene sus lectores, era casi desconocido; dentro de su heterogeneidad, citemos *Libro del frío* (1992), *Arden las pérdidas* (2003), *Cecilia* (2004), *Extravío en la luz* (2009).

En su gran mayoría, en la poesía, hallamos recursos estilísticos semejantes, como una tendencia hacia lo coloquial, conversacional, para evitar la solemnidad, encabalgamientos, lo visionario, reiteraciones de todo tipo, anáforas, contrastes, el auge del yo, en temas urbanos, memoria colectiva-histórica, el tiempo, erotismo, mirada trascendente. Poesía del silencio o metafísica se caracteriza por la complejidad del lenguaje.



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/).